

enseñándola el desprecio é indiferencia de las cosas terrenas que tanto ambiciona el mundo. Ahí se ve, por consiguiente, el incomparable milagro del Hombre-Dios, que se prepara á salvar al hombre, restituyéndole fuerzas y medios que él rechazaba. Jesús se muestra en medio de su debilidad y abatimiento y cubierto de la pobreza aborrecida del mundo, y por este medio extraordinario conseguirá hacerse amar de los hombres y triunfar de sus corazones, para que, separándose de los placeres de la tierra, sean, como el imán, atraídos al amor de los bienes sobrenaturales é invisibles.

Mas entre tanto no estuvo en Jesús oculta de tal manera su divinidad que nosotros no pudiéramos conocerla y traslucirla, porque ni el lugar en que ha nacido es indiferente, ni tampoco la noche en que se verificó tan glorioso suceso fué elegida por el azar. Antes que el misterio de su nombre fuese revelado, Belén (*la casa del pan*) tenía ya grandes recuerdos, pues en ella, al volver de Mesopotamia, se detuvo Jacob para dar allí sepultura á su amada Raquel; y allí había también levantado David la torre simbólica que le era tan querida y que iba grabada en sus escudos y monedas. El rey de Israel nació, pues, dentro de los dominios de sus antepasados; y, aunque allí no había á la sazón más que una sepultura, una gruta y fragmentos de ruinas, Él venía á restablecer lo que había perecido, á resucitar lo que estaba muerto, á levantar lo que estaba caído y á restaurar y crear la dignidad y la vida divinas y sobrenaturales en el mundo

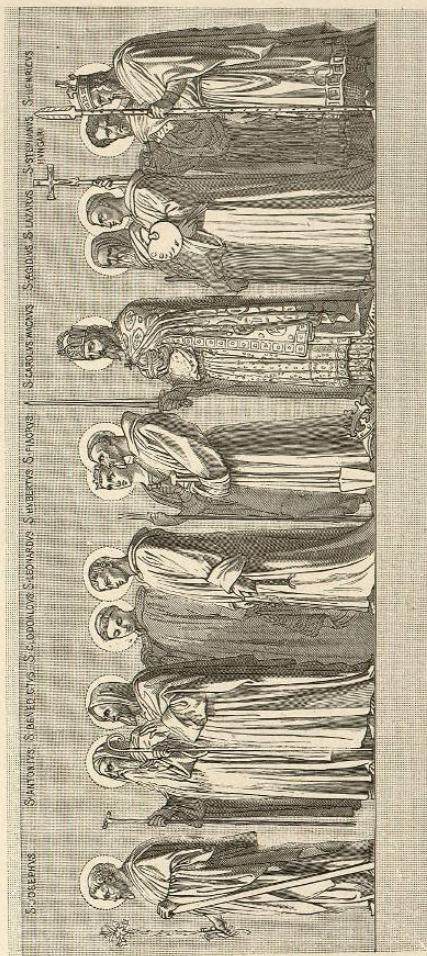


Lámina 34.—San José, padre adoptivo de Nuestro Señor, primer santo de la Nueva Ley.—Fresco de H. Flandrin, que se conserva en la iglesia de San Vicente de Paul, en París, y es de este siglo.

extraviado, en que los hombres, sin exceptuar los que se reputaban sabios, no tenían otra suerte que la reservada á los animales.

Desde el momento que nace un rey, es preciso que tenga un pueblo; y por eso, al venir Jesús á este mundo, un ángel del cielo invita á los pastores de los campos á que vayan á adorarle, siendo llamados los primeros, porque el Señor ha venido á vivir entre los hombres movido del sufrimiento de los pobres y del gemido de los miserables, y además porque pone sus complacencias en habitar con los sencillos y humildes, como lo eran los pastores. Platón censura y critica á los sabios que enseñan delante de las gentes de condición baja y de poca representación, mientras que Jesucristo, por el contrario, prefiere entretenerse con los sencillos y humildes y darles su divina enseñanza. El ángel dijo á los pastores: *«En este día os ha nacido un Salvador, á quien encontraréis en un pesebre;»* y ellos al momento se resolvieron á visitarle, teniendo la dicha de adorarle y contemplar su gloriosa infancia, volviéndose llenos de alegría, glorificando á Dios y anunciando la paz á los hombres de buena voluntad.

Simeón esperaba la salud de Israel. Los doctores sabían que el tiempo para la misma era ya llegado, y los santos no tenían duda alguna sobre este punto capital. Simeón ve Aquel que con tanta ansia esperaba, le contempla entre los pobres; su fe no vacila, porque su ciencia y conocimiento le vienen de

Dios, y porque su corazón está poseído de la sencillez y fidelidad de los pastores. Al entrar el Niño en el Templo, le toma en sus brazos y establece ya con Él la dichosa familiaridad que Dios se complace en tener con las almas justas. Teniendo en sí tan infinito tesoro, siente con él un gusto y suavidad anticipados de la divina Eucaristía; é impulsado de dulces arrobamientos, con acento solemne, que se proyectará sobre todos los siglos, entona este magnífico cántico: *«Ahora, Señor, dejadme morir en paz, porque mis ojos han visto la salud que viene de Vos.»* En esta exclamación de glorioso entusiasmo está como reproducido aquel acto de fe que hacía Job cuando decía: *«Yo sé que mi Redentor vive.»* Y al decir Simeón que Jesús venía al mundo para ser la luz de las naciones, estaba también representada en él la profecía de Zacarías é Isabel, que habían anunciado la vocación de los gentiles y manifestado entre los resplandores de inspiración divina que la Redención del Verbo encarnado se extendería á todo el género humano, con cuya doctrina se ponía de acuerdo Juan Bautista al asegurar que Dios omnipotente puede convertir las piedras en hijos de Abraham. De esa manera iba formándose el pueblo de la Nueva Ley y esa serie de esclarecidos justos y almas fieles que, rompiendo los estrechos moldes y la pequeñez del pueblo judío, prestan su fidelidad al Niño nacido en Belén y son ya los primeros fieles del Catolicismo.

Ana la profetisa, el sacerdote Zacarías, el sabio y justo Si-

meón, la fiel esposa Isabel y María, la virgen pura, habían también profetizado que el Señor derramaría su espíritu sobre toda carne, y que los hijos é hijas de los hombres anunciarían las cosas futuras. Todos estos esplendores, grandezas y virtudes se unen en admirable concordia, cual voces dignamente inspiradas, y proclaman con angélicos acentos : « *Gloria á Dios y paz á los hombres de buena voluntad.* »

Volvamos ahora nuestra vista á los Magos que vienen del Oriente, los cuales, según respetable tradición, eran sacerdotes y príncipes con propios dominios y descendientes de tres grandes razas originarias de Noé. Por su ciencia, por su poder y por su número, tienen la representación del género humano y llevan á los piés de Jesucristo el respeto y homenaje del sacerdocio, del imperio y de la ciencia de las naciones. Se opina que venían del país de Balaán, en donde se conservaba el recuerdo de esta profecía : « *Una estrella saldrá de Jacob, y el Hombre nacerá en Israel.* » Verdaderamente ellos vieron la estrella, la siguieron, y bajo su dirección buscaron al Hombre-Dios y al Hombre-Rey. Eran las primicias del gentilismo engarzadas en la familia cristiana, y con el valor que inspira la fe al alma convertida, al llegar á Jerusalén, preguntan dónde estaba el Rey que había nacido. Esta pavorosa pregunta llenó de turbación á Herodes y á todos los doctores de Israel; y precisamente fueron turbados porque eran malos y no oyeron á los Profetas del Señor cuando anunciaron : « *Regocíjate, Jerusalén, porque tu*

*Rey viene hacia ti lleno de dulzura;* » sino que, al contrario, les resistieron y contestaron : « *El Rey debe nacer en Belén;* »

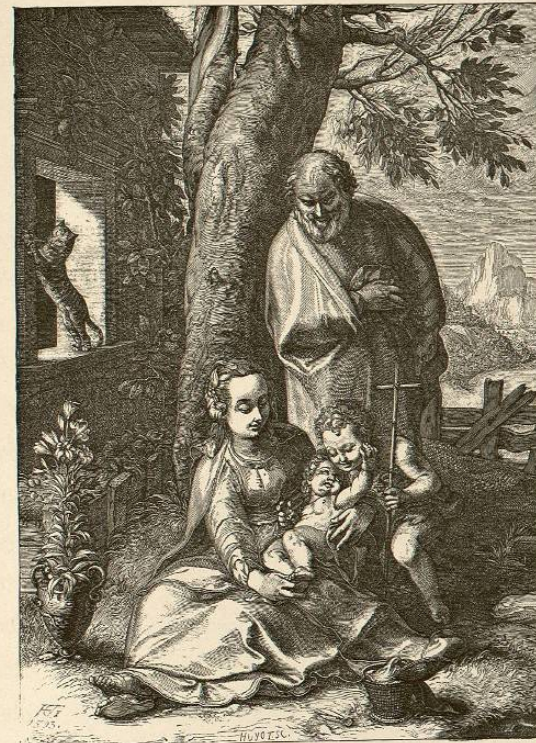


Lámina 35.—La Santa Familia, según un grabado de Goltzio (llamada la Santa Familia del gato), que se halla en la biblioteca de M. Ambrosio Firmin-Didot, y data del siglo XVI.

y, sin embargo de eso, ninguno de ellos se resolvió á ir á Belén, imitando en ese proceder á los operarios que, habiendo fa-

bricado el arca, no entraron en ella y perecieron entre las aguas del diluvio. Las Escrituras eran inútiles á los judíos, los cuales enseñaban á los Magos, venidos del gentilismo, lo que ellos mismos no querían ver ni creer.

Estos príncipes orientales, lejos de ser rebeldes al milagro de la gracia, tenían la dicha de poseer la fe que hace ver y el amor que comunica aún mayor resplandor, y por eso no tenían duda en hallar lo que buscaban. Felizmente María Santísima, la introductriz misericordiosa, estaba también en la gruta, y, según consta del sagrado texto, ellos la encontraron allí con el Niño. Tres confesiones terminantes encierran estas palabras de los Magos: «¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque venimos á adorarle.» Ellos confiesan que Jesús es hombre, rey y Dios: hombre, en cuanto que ha nacido; rey, en cuanto que la realidad está conforme con el nombre que le dan; y Dios, en fin, en cuanto que le tributan adoración, cuyo acto latréutico sólo puede darse á la Divinidad. Esa misma expresión se revela en los dones que ellos ofrecen, pues en el oro confiesan la dignidad real, en el incienso la divinidad, y la humanidad en la mirra, que es el aroma usado para perfume de las sepulturas. La Iglesia, bendiciendo estos hermosos símbolos, nos excita y exhorta á ofrecer á Jesús el oro de la caridad, el incienso de la oración y la mirra de la penitencia.

Esos obsequios son agradables al Hijo y á la Madre, con tanta mayor razón cuanto que puede decirse que en la adora-

ción de los Magos concluyen para Jesús sus triunfos exentos de amargura, y para María sus alegrías sin inquietud; porque muy cerca está ya para ellos la punta de la espada anunciada por Simeón, que había de traspasar su corazón maternal. José recibe durante el sueño el aviso de que Herodes busca el Niño para matarle, y al momento se levanta, sin preguntar por qué había de huir, para evitar la muerte de este maravilloso Niño, en quien estaban como vinculadas tan grandiosas promesas y tan altos destinos. El Evangelio nos da en esto una lección de obediencia, y esa misma virtud brilla sobremanera en Jesús, que ha nacido para ser obediente hasta la cruz, y en María y José, que no viven sino de la obediencia. En circunstancias tan graves, el castísimo José, sin lamentarse ni quejarse, y aún sin conocer el misterio de la huida, parte al momento y se va á Egipto, país para él desconocido, ignorando cuándo podrá volver á su patria y cuándo volvería á disfrutar de la paz y quietud de su casa y de su taller. No se puede tener á Jesús sin sufrir y sin tomar parte en su cruz; y aún cuando al divino poder no le faltaban medios de librar la *Vida* de la muerte intentada por Herodes, sin necesidad de apelar al destierro tan precipitado, José conoce que Dios, en su providencia, no quiere obrar siempre por milagros, sino que es propio de la misma el permitir que las causas sigan su curso ordinario, pues éste y el extraordinario están sometidos á su omnipotencia. El Hijo de Dios había venido al mundo bajo la forma del sufrimiento y de la humilla-

ción, y, á fin de conformarse con este estado, aceptó voluntariamente las contrariedades comunes de la vida humana; y los mismos motivos que movieron á Jesús durante el tiempo de su divina misión á ocultarse ó retirarse, para evitar las asechanzas ocultas de sus enemigos, le guiaron también á considerarse en el caso de buscar un asilo en Egipto, según sentir de Bossuet.

Nada dice la Escritura acerca de las circunstancias de ese viaje y de la permanencia en aquel país extranjero; pero, según una antigua tradición, cuando la Sagrada Familia atravesó el desierto en donde habían estado errantes los hebreos, repentinamente se cubrieron de flores y de frutos aquellos lugares áridos y solitarios. Por de pronto el mismo Jesús era ya la semilla de estas flores y frutos admirables que habían de brotar allí cuando sus fieles y servidores viniesen á vivir en el desierto.

Mientras tanto Herodes hizo matar todos los niños de Belén hasta la edad de dos años. Herodes era el rey del mundo, y muchos rasgos de su crueldad y de su política llevan el sello del espíritu mundanal. Cuando los reyes del mundo son débiles, los tiranos se vengan de ellos, y entonces los que antes todo lo podían quedan condenados á temerlos todo y á desconfiar de todo. Jeremías había predicho: «*Se oirán gritos en Ramá, y los lloros y lamentos serán infinitos. Raquel llora sus hijos y no quiere consolarse, porque ya no existen.*» Raquel estaba enterrada en Belén, y el Espíritu Santo la atribuye estos lamentos

de las madres, que todavía se oían á principios de la Iglesia, cuando San Mateo publicó su Evangelio. Bossuet rechaza con justo desdén á los críticos que, para dar fe á ese suceso, quisieran que los historiadores profanos hubiesen hecho mención de la crueldad de Herodes, como lo hace la Santa Escritura. Nuestra fe no depende de lo que la negligencia ó política de los historiadores del mundo les haga referir ó callar. Hubiera sido bastante el sentido común para que San Mateo no refiriese un hecho de naturaleza tan grave y tan cruel, si no hubiese sido ya conocido de todos, puesto que de otra manera hubiera desacreditado su Evangelio. ¡Niños dichosos cuya vida ha sido sacrificada para conservar la del Salvador! Jesús os dirá: «*Dejad que estos pequeños se acerquen á Mí.*» ¡Oh y cuánto han consolado estas palabras á muchas madres afligidas! Si las madres de Belén hubiesen conocido este misterio, en lugar de gritos y lamentos no se habría oído entre ellas más que bendiciones y alabanzas, porque ellas hubieran sabido que realmente sus hijos no habían muerto, sino que el bautismo de sangre les había alcanzado la vida eterna, y que Jesucristo, en su misericordia, quiere conducir á las madres allí mismo adonde Él ha llamado á sus hijos.

Después de la muerte de Herodes, José, siempre dócil y obediente, nuevamente avisado por inspiración divina, abandona el Egipto y vuelve á Nazaret. «*Él será llamado Nazareno,*» dice el sagrado texto, refiriéndose á Jesús. La palabra *Nazareno* contenía un gran misterio, porque quería decir *separado*,

*consagrado á Dios y entregado á la penitencia*, y Pilatos cumplirá la profecía escribiendo ese mismo nombre sobre la cruz. Mas al mismo tiempo que Jesucristo cumple las profecías de la antigua Ley, su vida en este mundo y todas sus palabras constituyen otra maravillosa profecía de todos los acontecimientos futuros. ¿Por qué se ve Él ya perseguido? Para enseñar á la Iglesia, dice Bossuet, que su reino no es de este mundo. Por eso Herodes le persigue desde su nacimiento y trasmite á sus descendientes este mismo odio para que no cese la persecución. Así se explica cómo de príncipe en príncipe, y en la mayor parte de los poderes públicos, se ha venido perpetuando la guerra y el odio contra la Iglesia, hasta el punto de haber revestido una doble fase la persecución para causar los mayores daños. La primera fase fué cruel y sangrienta; la segunda, aunque es más oculta y disimulada, no es, sin embargo, ménos opresora. La tiranía no perderá jamás el aire de crueldad que revistió en Herodes.

Cuando Jesús tenía doce años pronunció la primera palabra que, como perla de inmenso valor y purísimo rayo de esplendente luz, nos ha conservado el santo Evangelio; fué pronunciada en el Templo, y con ella quedó más y más comprobada y confirmada la divinidad del Redentor. El texto sagrado nos va preparando á ver esa demostración cuando nos dice que el Niño, sentado entre los doctores, les preguntaba y respondía. Sin embargo de su tierna edad, se sienta en medio de los maes-

tros, y lo más probable es que éstos no mereciesen ese título hasta después que hubieron oído á Jesús, admirado y recibido su enseñanza. Para mostrarles su humanidad, les escucha con humildad, mientras que, para atestiguarles su divinidad, les pregunta con sobrehumana inteligencia; y así las respuestas que da á lo que se le pregunta, como las preguntas y cuestiones que Él mismo se proponía, no pueden ménos de excitar un gran convencimiento y grande admiración en todos los que le escuchaban. Mientras Jesús era el objeto de admiración á los sabios y doctores, su madre le buscaba, llena de ansiedades y de inquietud; y habiéndole encontrado al tercer día, le dirigió estas palabras: «*Hijo mio, te hemos estado buscando tu padre y yo, sumamente afligidos.*» «*Y ¿no sabíais,* contestó Él, *que era necesario que yo estuviese ocupado en cumplir lo que se refiere á mi Padre?*» María le hablaba de José, y Él hablaba de Dios, lo que en el momento parece no llegó á comprender María, porque, de haberlo así entendido y de haber comprendido adecuadamente ella y su esposo José todo lo que es, todo lo que vale y todo lo que significa el ser Hijo de Dios, no hubieran podido contener la majestad de tanta gloria y de grandeza tanta dentro de su corazón. Era, pues, conveniente que la divinidad estuviese como oculta con un doble velo aún á la misma María. Sin embargo, el respeto que había por parte de José daba bastante á entender que él percibía y descubría algo de divino á través de la naturaleza humana de Jesús; y María

mientras tanto conservaba todo eso que acontecía en su memoria, y, como dice el Evangelio, «*meditaba esas cosas en su co-*

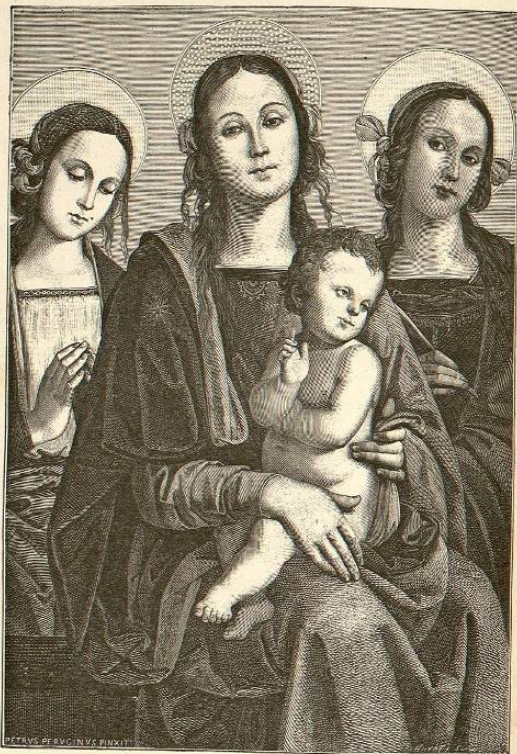


Lámina 36.—La Virgen y Jesús en la infancia acompañados de dos santos, de los cuales el uno tiene la palma del martirio en su mano.—Cuadro de Perugino, que se conserva en el museo de Viena, y pertenece al siglo XV.

*razón.*» De este modo y por esa escala de saludables consideraciones iba ella aprendiendo lecciones de desprendimiento, y

principiaba ya su noviciado y su ensayo para el día en que, espirando Jesucristo en la cruz, tuviese que pasar por la dolorosa prueba de separarse de Él. En ese sentido parece expresarse San Lucas, y conmueve representar á este santo Evangelista recibiendo de labios de la Virgen Santísima el conocimiento de semejantes detalles.

El Evangelio dice además que Jesús siguió en compañía de María y de José, y que les estaba obediente. Tanta importancia tiene esta virtud, que es el fundamento sólido de la humana sociedad, y por eso Jesucristo dió ejemplo de ella, someténdose á la autoridad paternal, obedeciéndola hasta en los trabajos más humildes y perseverando así hasta la edad de treinta años.

Hasta que el hijo de Zacarías principió su predicación, no sabemos otra cosa acerca de Jesús sino que permaneció en casa de sus padres obedeciéndoles y ganando su vida con el trabajo de sus manos. Jamás viajó para instruirse en las famosas ciencias de los egipcios y de los griegos, y, á pesar de eso, admirados los judíos de su sabiduría, se preguntaban mutuamente si no era Jesús el mismo que ellos habían visto y conocido en la humilde condición de un artesano, hijo del carpintero y ejerciendo el oficio de su padre. Según refiere San Justino, Él hacía los yugos para arar; y para fortalecerse en el cumplimiento de su deber, además del pan terrestre que ganaba con el sudor de su frente, se alimentaba de otro pan más sublime, que consistía en

hacer la voluntad de su Padre, dejando así edificante ejemplo de obediencia, de humildad y de laboriosidad.

Hay todavía en el Evangelio otra frase que asombra, pues en él se dice que Jesús *crecía*. ¿Cómo, pues, puede concebirse que el Verbo eterno, principio de toda gracia y de toda sabiduría, crezca en una y en otra delante de Dios y delante de los hombres? Muchos Padres de la Iglesia, comprendiendo las dificultades que ofrece la recta inteligencia del Evangelio, han examinado detenidamente este punto, y, según San Gregorio, las mencionadas palabras, que envuelven una idea de crecimiento, significan que la sabiduría, que habitaba en Jesús como en su propia fuente, se derramaba cada día con más abundancia sobre los que le rodeaban, preparándoles con abundantes luces á recibir su doctrina; y, según Santo Tomás, aquéllas quieren enseñarnos que Jesucristo no quiso descubrir desde su infancia la plenitud de la divinidad que habitaba en Él, á fin de demostrar al mundo que la naturaleza humana que Él había tomado no era una mera apariencia, sino una realidad, puesto que Él se sujetaba á estas condiciones de debilidad y desenvolvimiento progresivo.

San Buenaventura no recela tampoco de hacer algunas consideraciones sobre esta pequeña casa de Nazaret, en donde Jesús vivía sumiso á su madre y á su padre adoptivo. Para el criterio de la humana soberbia, no se ve allí más que una gran humillación, pues ofrece á la vista la vida de un pobre con to-

dos los sufrimientos y con su bajeza detestable; y ni predicación, ni combate, ni milagros, ni nada sobrenatural hay en aquella pequeña morada. Cada uno en ella gana diariamente su



Lámina 37.—La infancia de Jesús en Nazaret.—Fresco de M. Savinien Petit, en la capilla de San José de la catedral de Burdeos, y data de este siglo.

jornal. José, dice el santo doctor, trabajaba en su taller; María, con su aguja ó el hilo en la mano, atendía por su parte á las necesidades de la casa; hacía las otras labores que son propias del



oficio de la mujer; procuraba la limpieza de sus habitaciones, preparaba la comida, servía, en fin, á su esposo y á su querido Hijo, sin valerse de persona alguna que la ayudase. ¿Por ventura había necesidad de persona extraña que prestase semejante auxilio? ¿No estaba, pues, allí Aquel que ha venido á este mundo, según su propia expresión, no para ser servido, sino para servir? Ciertamente que Jesús se ocupaba con admirable edificación, á la vez que en obedecer, en servir á su padre y á su madre; ninguno ha puesto en duda que el Hijo de Dios rehusase ayudar á su madre y el tomar parte en los humildes cuidados del taller y del aseo de la casa; y merced á ese poderoso ejemplo, ha podido extinguirse la envidia en el corazón del pobre, penetrar en él la sabiduría cristiana y presentarse la humildad evangélica grande y gloriosa ante el criterio de la sociedad y á los ojos de la flaqueza humana.

LOS ASCENDIENTES DE JESÚS, LA TENTACIÓN EN EL DESIERTO  
Y LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

El ejemplo de humildad de la casa de Nazaret fué continuado hasta el bautismo que Jesús vino á pedir á Juan. El bautismo de Juan es una obra de mortificación, pues se llena de ansiedad y de duda delante de Jesús, que le decía se le confiriese. En todo quiere Jesús sujetarse á la penitencia, como un pecador, y en ese proceder resplandece precisamente la plenitud de la jus-

ticia. Nuestro Señor cumple en verdad toda justicia, haciendo lo que ha de ser para el cristiano fuente inagotable de virtud, es decir, recibiendo el bautismo, del que ninguno podrá afirmar que no tiene necesidad. Entrando en medio de las aguas, las purifica, arroja de ellas al demonio, las santifica por el contacto de su sacratísima carne, y las comunica la virtud de la regeneración, llamada por San Bernardo *el derecho del bautismo*. Las da el privilegio que había tenido ya el seno de María de no engendrar nada que no fuera santo y puro, y hace con el bautismo lo que más tarde había de ejecutar con la celebración de la Pascua, pues de la misma manera que Él comería el Cordero pascual, que es simplemente figura y recuerdo, y nos daría su propia carne como prenda de eterna felicidad, así también recibe el bautismo de los judíos, ceremonia de suyo ineficaz é impotente, y nos da el bautismo de los cristianos, que es verdadera fuente de gracia y santidad. Finalmente, aceptando la Ley y dando el Evangelio, recibe la sombra y añade la verdad y la realidad.

En el momento del bautismo se aparece el Espíritu Santo bajo la figura de una paloma, porque convenía que Juan pudiese verle, pues, siendo invisible por razón de la divina sustancia, sólo de esa manera podían sensibilizarse los efectos del bautismo, en virtud de los cuales el alma que le recibe debe ser sencilla y dulce como la paloma y tomar el carácter pacífico con que ella se distingue. Por eso sin duda la paloma es consi-